

# Un libro para volar muy alto

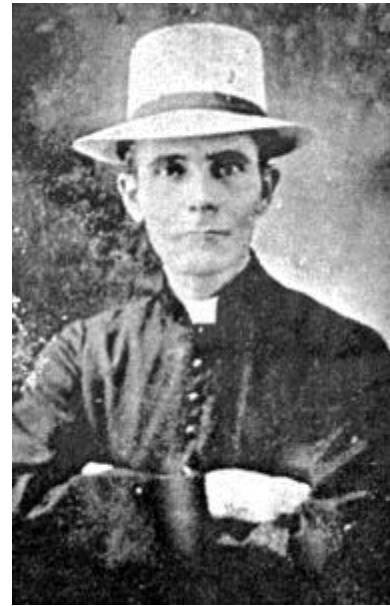
—Jorge Luis Alvarado Pisani—

(Texto leído en el acto de presentación del libro de José Argüello Lacayo, *“Un Pobre de Jesús: El Poeta de las Palabras Evangelizadas”*, Editorial Hispamer, Managua, 2000, 502 pp.)

En el Nombre del Padre y del Hijo  
y del Espíritu Santo, amén.  
Celebremos con alma de niños  
el regreso del Padre Pallais.

“Un Pobre de Jesús: El Poeta de las Palabras Evangelizadas” es el nuevo transbordador poético intergaláctico, diseñado y construido en Nicaragua por el ingeniero aeroespacial Don José Argüello Lacayo, y multiplicado para uso público por la industria aeronáutica nacional Hispamer. Pilotando el aerodinámico artilugio reingresa a la atmósfera terrestre, y aterriza otra vez en su

tierra, Nicaragua, después de feliz y prolongada estancia en la remota constelación Brujas de Flandes, el Astronauta Divino, Celeste Donquijote, Guardián de los Siete Colores del Arcoiris, el Poeta y Profeta, Presbítero y Doctor Azarías de Jesús Henri Pallais. Quien fuera excelentísimo Director del Instituto Nacional de Occidente, virtuosísimo Párroco de Corinto, El Realejo y El Viejo, sapientísimo Académico de la Lengua, campeónísimo Apologeta de la Santa Iglesia Católica, subidísimo Poeta de las Mayúsculas Floridas, humildísimo Pobre de Jesús, aquel leonés superlativo, Azarías H. Pallais, reaparece de cuerpo entero y viva voz en nuestro actual espacio-tiempo, por obra y gracia de su propio sobrino-bisnieto y heredero espiritual, nuestro filósofo, teólogo y humanista, el amigo José Argüello.



## Estructura del ingenio

Describiré para ustedes la óptima estructura de esta hermosa aeronave de papel y palabras. Normalmente entramos a ella por una estilizada puerta neumática, o pórtico con espíritu, obra del también célebre ingeniero verbal nicaragüense Don Álvaro Urtecho Lacayo. Se nos abre luego un luminoso corredor de doce vueltas o capítulos que se van cerrando, como una espiral concéntrica ascendente, en torno a la persona evangélica y a las palabras evangelizadas del Padre Pallais, hasta conducirnos a una amplia sala —la segunda parte de la nave— donde nos encontramos con la voz misma, en prosa y en verso, del Poeta y del Profeta. Desde ese alto mirador o cabina de vuelo bien podemos encender, con el Fuego de las palabras evangelizadas, los motores de la imaginación creadora, la emoción estética y la fe religiosa, para subir a lo profundo del Reino de los Cielos, contemplar de cerca la luz de las estrellas más remotas, escuchar con entusiasmo la música de las esferas celestiales y quizás besar con labios temblorosos los Dedos Sonrosados de la Rosa Mística que nos abre las puertas gloriosas del Día de Yahvéh.

Para proporcionarles un vistazo mental y cordial de las interioridades de la nave, intentaré jugar con ustedes un juego de asociaciones verbales. El ingenio (la aeronave) de José está, como él mismo, cuidadosamente ordenado y coajustado. Cada cosa en su lugar, un lugar para cada cosa. Por eso, cada capítulo se despliega en una serie de estancias o párrafos, cada una bajo un título sabiamente elegido. El juego consiste en encadenar los nombres de tales estancias, como las cuentas de un rosario, con una cadenilla de frases metálicas. Al final del rosario, espero quede dibujada en sus mentes y corazones la figura del Poeta y Profeta que regresa en la aeronave de José. Juguemos, pues, este juego inocente.

En la primera galería conoceremos a un niño singular, nacido el 3 de noviembre de 1884, un niño de ojos deslumbrados, llamado Azarías de Jesús en memoria de las dos figuras que le darán un nombre y un destino. El padre del niño era médico. Y, recordando a su madre, dirá el Poeta que, “a la sombra de este árbol, doy gracias al Señor / por haberme librado del sol abrasador”. Padre y madre regalaron a Azarías una infancia sumergida en el pasado y la santa alegría de un hogar cristiano, donde descubrió los misterios gozosos de la fascinación literaria, aprendió a extraer el jugo divino de tres adjetivos esenciales: encantado, lejano, silencioso..., le fue revelado el secreto de La Cenicienta como arquetipo y comenzó a discernir desde los pobres el sentido de su vida. En aquel hogar perfecto se abrieron para el futuro Poeta y Profeta las dos fuentes vivas de sus palabras evangelizadas: La Biblia... y los cuentos infantiles. Felices y luminosos transcurrieron los años en el barrio de su infancia.

En la segunda galería, el niño se transforma en aquel seminarista que parecía un nuevo Luis Gonzaga, estudiante de El Seminario San Ramón, en donde comienza a revelarse como maestro adolescente y como joven místico y andariego. Tras una episódica huída del Seminario, lo veremos crecer, manso, humilde y casto, lleno de candor varonil.

Un tercer paso adelante y nos encontramos inmersos en medio del conflicto entre Iglesia y liberalismo. Es la época de las Nuevas Leyes de Zelaya, que generan fuerte reacción eclesiástica y llevan inevitablemente a la confrontación entre Iglesia y Estado y a la expulsión de Monseñor Pereira y su clero del país. Choque frontal de dos posiciones antagónicas. Una, bajo la influencia del positivismo, contra la otra, caracterizada por la proverbial intransigencia católica. Al final de la contienda, triunfan las reformas liberales.

Tras lo cual, el joven leonés marcha al exilio, como estudiante en Europa. Sin embargo, ironías del destino, se verá envuelto allá en la misma confrontación que lo expulsó de Nicaragua. Como resultado, contrae una incurable fobia contra Voltaire. En Bélgica, ya discípulo del Cardenal Mercier, estudiará a conciencia a Los Místicos y los Padres de la Iglesia y se sentirá identificado con la espiritualidad de franciscanos y benedictinos. De tal manera, el nutritivo contacto con un catolicismo renovador le confirmará la bondad de su inmensa avidez cultural. Durante unas vacaciones en Bretaña, descubrirá la misteriosa Brujas de Flandes, la ciudad de sus sueños. Luego, explorando Europa, crecerá su amistad con Jorge Volio y José Francisco Rivas Venerio, con quienes disfrutó de una famosa excursión en bicicleta por los campos de Flandes. Muy pronto lo veremos convertido en un estudiante políglota, experto en simbolismo y misticismo, familiarizado con los grandes pintores europeos. Y luego, ya doctor en teología, recibiendo su consagración sacerdotal y

desplegando sus dos alas —la Sagrada Escritura y la Tradición—, ya dispuestas para el vuelo.

En un quinto momento, en espiral ascendente, con Pallais queriendo hacerse maestro de juventudes, nos regresa José a Nicaragua, ayer como hoy un país en ruinas materiales y morales. Durante unas bucólicas vacaciones en Ocotral, se le ocurre al joven sacerdote predicar, el Domingo de Ramos, un sermón inusitado, por el que será severamente reprendido con una suspensión a divinis. Sin embargo, Monseñor Pereira rectifica la suspensión y permite a Pallais seguir su vuelo como evangelizador de frontera, un maestro original que, rebosando amor a Nicaragua, quiere evangelizar, hacer libres y felices, a los apenas bautizados y sintonizar con la juventud mediante una fresca pastoral juvenil. Desde entonces, por su infinita solidaridad con los pobres, por el deseo de celebrar con ellos el banquete de los excluidos, y por su generosidad con los estudiantes, le llamarán “el loco Pallais”.

Sexta galería. A Pallais, loco de amor por Cristo y por la Belleza, los poetas de su tiempo, es decir, aquellos deliciosos locos vanguardistas, lo designan, unánimes, Capellán de la Vanguardia. Otra gran locura de esa época fue su peregrinación desde León, Nicaragua, a Popayán, Colombia, solo y a pie, para forzar un encuentro con Guillermo Valencia, el gran poeta místico colombiano que le dijo al nicaragüense:

Mientras el mundo corres y vas de gente en gente, tu nombre resplandece cual nieve de alegrías sobre el ya extinto cráter de un corazón ardiente...

En esta sexta galería capitular, José Argüello nos sigue contando sobre una revista incómoda de 1914, llamada “El Surco”, donde escribió Pallais este texto vibrante de emoción latinoamericana:

“Aun cuando es el tiempo que enfrentamos *emera melaina* —perfidia yanqui de cuerpo entero: México arrollado por los fríos tentáculos del monstruo, a ciencia y paciencia de una América Latina evaporada, de una América latina con minúscula porque yanquista, una especie de cadáver de América que haría llorar a Bolívar. Siempre, la extraña y misteriosa convicción de que vendrá un día más glorioso que el de Boyacá, un día épico en que, a los acentos del clarín ibero, despertarán de su sueño los pueblos latinoamericanos y se unirán contra el yanqui, como se unieron contra el persa los pueblos griegos”.

Así se expresaba aquel mentor de los vanguardistas, así sonaba su gran voz griega, la voz que defendió a Salomón de la Selva de la acusación de obscenidad, inmundicia y sacrilegio, durante un incidente literario causado por la publicación del poema “De Profundis”, donde Salomón, soldado de la primera guerra mundial, ruega a la Santísima Trinidad le conceda dormir, acompañado de una virgen, en la única noche que le queda, porque las rameritas y las casadas le dan asco. Nos cuenta Argüello que “este poema causó revuelo entre los timoratos granadinos, quienes declararon ex-cátedra que era obsceno, cochino e incluso sacrilego. Joaquín Pasos solicitó entonces la autorizada opinión del Padre Pallais, “famoso sacerdote reconocido como una autoridad en ética, moral y poética” y su contundente respuesta no se hizo esperar: Ese poema de Salomón de la Selva es desnudo, pero de ninguna manera obsceno. Es desnudamiento cristiano, por consiguiente bien vestido”

La próxima galería contiene uno de los grandes hallazgos de la acuciosidad y constancia de José Argüello: la interpretación de Pallais como profeta de los derechos humanos. Es esta una de las dimensiones del Profeta y Poeta que nos lo hacen más vecino y contemporáneo. La palabra justiciera y libertaria de Pallais tronó contra los vejámenes de la intervención estadounidense de 1912, que no fueron denunciados ni condenados casi por nadie en Centroamérica, a excepción de la protesta del Padre Volio, aquel amigo de Pallais que ya conocimos. En medio de la tormenta diplomática desencadenada, se hizo sentir el patriotismo de Pallais, clamando con alta y clara voz en defensa de los derechos humanos. La novedad de su postura resaltaba en medio de las mezquinas ambiciones de los políticos miopes y entreguistas. Sorprendentes fueron sus coincidencias con Sandino, no sólo en las posiciones de principio sino también en los desengaños políticos, las calumnias y las traiciones que siempre sufren los Quijotes valientes cuando buscan poner freno a las ignominias del Poder. José Argüello nos hace avanzar ahora con paso veloz por las encrucijadas de la historia de Nicaragua. El ascenso de Somoza García es la nueva variable que condiciona hasta hoy la vida del país. En un primer momento, Pallais le brindará su apoyo, pues lo consideraba un reformador de la vieja política de las oligarquías. Pero muy pronto descubrirá lo que en realidad era Somoza: un espejismo político. En consecuencia, inicia un acercamiento a los conservadores, no sin pagar por ello un alto precio de desempleo y penurias económicas. En una ocasión, desde el fondo de la angustia, exclama: “o pagarme o emplearme o fusilarme”. El Profeta, ciertamente, sufre y se abate, pero el Poeta trabaja, como un monje medieval, en la traducción de la *Ilíada*, obra magna hoy perdida. Ahora bien, siguiendo nuestro itinerario, nos asalta la pregunta: ¿Fue realmente Pallais conservador? Hay que reconocer que, en aquellos inicios de la dictadura dinástica, las posiciones aún no estaban bien definidas. Pallais fue nombrado, ciertamente, Capellán del Ejército pero muy pronto, por querer reformar la Guardia Nacional, se ganó la mala voluntad de Somoza García y su pronta destitución. Más ascuas encendidas se acumularon sobre su cabeza cuando, debido a otro escándalo, por su firme postura pro-católica ante el drama mexicano, fue removido también de su cargo como Director del Instituto Nacional de Occidente. Por otra parte, Pallais, preocupado por los grandes conflictos del siglo XX, como la revolución soviética y la guerra civil española, construyó su posición frente al imperialismo soviético y al imperialismo económico de los Estados Unidos a partir de los valores de la Hispania Eterna, y creyó descubrir en la dictadura del Generalísimo Francisco Franco una alternativa tanto al comunismo como al capitalismo, formas políticas antitéticas que él hacía derivar de una supuesta conspiración judía internacional. Podríamos hacernos aquí, con José Argüello, la siguiente pregunta: ¿Realmente hubo fascismo y antisemitismo en Pallais? La cuestión queda abierta, pero es incuestionable la afirmación de Argüello: “Disintamos o no de los juicios históricos del Padre Pallais, es evidente que intentó discernir desde su fe cristiana los signos de su tiempo”.

Un paso más y conoceremos la talla de Pallais como orador y polemista. Ante todo y sobre todo, Pallais fue, en todos los sentidos, un hombre de palabra al servicio de la Palabra. Nunca desaparecerán de la memoria colectiva de Nicaragua sus palabras de orador sagrado. Argüello hace en esta novena galería una evocación de su voz —“su gran voz griega”, como dijera Don Pablo Antonio Cuadra—, invitando a subir a la aeronave y cediendo la palabra a Don Enrique Fernández Morales. Continúa Argüello describiendo los recursos oratorios pallaisinos que tanta mella hicieron en masones, jacobinos, librepensadores y comecuras de la época. Nos cuenta del dolor profundo que sufrió Pallais al ser calumniado,

en un semanario leonés, como homosexual, y la forma como perdonó y aun salvó la vida a sus calumniadores. También nos narra un viaje a El Salvador, en 1933, y las polémicas que entonces se sucedieron, sobre todo debidas a la incomprensión arzobispal de la postura de Pallais en la confrontación entre comunismo, capitalismo y cristianismo. Sin embargo, un momento de paz y poesía para el Poeta fue su encuentro con Claribel Alegría, nuestra gran gran escritora, poeta y erudita centroamericana, entonces, como ahora, una clara, bella y alegre niña de nueve años. El mundo universitario salvadoreño se conmocionó con la palabra y la presencia de Pallais y lo enaltecíó más y mejor de lo que lo haría la Universidad Nacional de Nicaragua cuando, veinte años después, en 1953, le concedió el Doctorado Honoris Causa que luego arrebató de sus manos para entregarlo, en forma vergozante, al Embajador de los Estados Unidos. (¡Qué bien harían las actuales Universidades de Nicaragua, para desagraviar ese ultraje, si crearan un Instituto de Estudios Pallaisinos, o una “Cátedra Azarías H. Pallais”, o si editaran sus Obras Completas, o si al menos le confirieran póstumamente el Doctorado Honoris Causa que todavía le deben!)

¡Ah, querido Padre Pallais! Realmente era usted un personaje pintoresco, que veía espantos y aparecidos, como el fantasma de “Chipilillo” o el cuerpo astral de su prima Gisella Pallais, su novia de adolescencia. Alto, huesudo, espectral Padre Pallais, lanzado al Cielo como el Quijote de Doré. Hombre de fobias, ciertamente, pero dotado de un fino y fresco sentido del humor, como todos los santos y las almas grandes.

Argüello acierta una vez más, en la penúltima estación, al llamar a Pallais Apóstol de los Pobres. Su relato se empina sobre sí mismo para describir la sorpresa inicial de Pallais al ser nombrado Párroco de Corinto por el ilustre Obispo de León, Monseñor Tijerino y Loáisiga. Argüello reconstruye el ambiente de Corinto, para hacernos comprender y calibrar la exitosa labor pastoral del nuevo párroco y sus trabajos apostólicos como catequista y educador en Corinto, El Viejo y El Realejo, un pueblo amado. Pallais, en Corinto, vivió santamente como un cura sencillo que logró descifrar y promover lo que constituyó para él un desafío: la religiosidad popular. Un verdadero santo, Pallais irradiaba misericordia con las prostitutas. Tan lleno de amor estaba que “los que no creían, al verle, creyeron”. Tan lleno de ternura y solicitud con los pobres, tan dolorido por el abandono pastoral de obreros y campesinos, que le asiste a Argüello toda la razón al considerar la vida entera de Pallais como un sacerdocio vivido desde la misericordia. Tanto conmovió a todos y todas, que “radicales, liberales, librepensadores, reaccionarios, conservadores y masones, todos ellos, en perfecta armonía y sin enseñarse las uñas”, ofrecieron reconocimiento unánime a la novedad pastoral de Pallais. No menos relevante, en aquellos tiempos de emergencia del protestantismo en Nicaragua fue la cristianísima vivencia ecuménica de Pallais. Todo ello le hizo objeto de una espontánea y profunda veneración popular que quizás, primero Dios, lo conduzca a la gloria de los altares. Porque, en verdad, Pallais fue un hombre heroicamente libre, rebotante de aquella libertad cristiana de la que nos habla San Pablo cuando dice que “para ser libres nos liberó el Cristo” (Gálatas 5,1) ¡Santa libertad que no comprendieron nunca sus superiores eclesiásticos y que le convirtió en un insobornable e insoportable crítico de la dictadura! En efecto, Nicaragua ya estaba reducida a la condición de propiedad personal del Dictador, no ya República, Res publica, sino Reprivada, como decía el Profeta. Por eso el Poeta tuvo que someterse a la humillación de aceptar ayuda gubernamental para hacer un viaje a Roma, porque deseaba asistir a las celebraciones del primer centenario de la proclamación dogmática de la Inmaculada

Concepción de María, a quien tanto amó y cantó. Trágicamente terminó el frustrado viaje a Europa, por el maligno desprecio del Dictador. Aquel anhelado viaje se convertiría para el agotado Apóstol de los Pobres, el día 6 de septiembre de 1954, en el viaje definitivo a su galaxia personal Brujas de Flandes, situada en un rinconcito luminoso del Reino de los Cielos, muy cerca del Corazón de la Rosa Mística.

Concluimos finalmente el periplo en torno al Poeta de las Palabras Evangelizadas en una bellísima estancia que Argüello titula La poesía litúrgica del Padre Pallais. Allí participamos en una fiesta de amor universal, la liturgia de las criaturas, concelebrada, en total sintonía con la Creación, con la poesía litúrgica creada por la mística extrovertida de Pallais. Una liturgia del tiempo y de la historia, misa solemne cantada desde Nicaragua por un Pallais extrovertido hasta el deslumbramiento. Ciertamente, la gran liturgia cósmica que celebra al Cuerpo Místico de Cristo, Punto Omega del Universo, se nos hace visible, tangible, audible, en la poesía sencilla y profundísima de Pallais, como en un estanque de aguas serenas que brotaran directamente desde el mismo Corazón del Cielo. Poesía, la suya, llena de silencios y lejanías, que realmente constituye una exaltación del silencio sabroso donde oímos, por el Misterio de la Encarnación, la Palabra de Dios que recibe, como universal homenaje, el Cántico de las Criaturas a su Fuente Creadora.

Llegados a estas alturas, no intentaré describir el segundo ámbito de la aeronave de José Argüello, titulado Prosa y Poesía de Azarís H. Pallais. No les quiero anticipar el gozo y la sorpresa que allí les aguardan a ustedes, mis pacientes y benevolentes amigos y amigas. Tan sólo les diré que son diecinueve textos en prosa, de varia procedencia, y treinta y cinco poemas espigados entre sus libros A la sombra del agua (1917), Espumas y Estrellas (1919), Caminos (1921), Bello Tono Menor (1928), Epístola Católica a Rafael Arévalo Martínez (1947) y Piraterías (1951).

### **Una experiencia de vuelo sobre el mar**

Para mí, ha sido una feliz experiencia volar en la aeronave de José Argüello, en compañía del Padre Pallais, como capitán y navegante, por los mundos siderales donde estallan esas luces, esas iluminaciones, que llamamos Verdad, Bondad, Belleza, Amor, Justicia y Libertad. Y es que Azarías Pallais, al igual que aquel Principito que bajó a la Tierra desde su asteroide B 612 y se encontró en el desierto del Sahara con el aviador accidentado Antoine de Saint-Exúpery, es uno de los más calificados pilotos y astronautas que pueden transportarnos a la inmensidad de los universos que existen en el corazón humano.

La comparación de Azarías Pallais con el Principito o con Saint-Exúpery no es gratuita. Intentaré explicarme. El Principito es el “niño divino” o la “niña divina” que existe en lo profundo de cada persona y que suele estar enterrado o enterrada bajo toneladas de convencionalismos, represiones, angustias, temores y ambiciones de poder y poseer. El Principito es nuestra mirada feliz de niños o niñas, el libre juego de la espontaneidad sin miedos, el agua fresca de la amistad sincera y la luminosa alegría de vivir. Para mí, justamente, ésa es la esencia del Padre Pallais: el milagro de haber crecido sin dejar de ser niño, o, mejor dicho, la buena ventura de haberse ido haciendo cada vez más niño (Mt 18:3), para entrar en el Reino de los Cielos, como fiel discípulo de Jesús de Nazaret, el Divino Niño Jesús.

En el primer capítulo del libro de José Argüello, el Pequeño Príncipe Pallais nos canta y cuenta, con versos de su poemario Caminos (1921), que: Los niños con las manos tapaban sus oídos, y oyendo con asombro los profundos sonidos del corazón que suena como si fuera el mar, sentían un deseo supremo de llorar.

El juego de taparse los oídos con las manos para oír el ronco rumor del corazón, que suena como si fuera el mar, es un juego que ya no juega nadie, ni siquiera nuestros niños y niñas de hoy día, que más bien se entretienen jugando “Nintendo” (las y los pudientes) o limpiando parabrisas en los semáforos (las y los pobres de la calle). Sin embargo, para Pallais, y para cualquiera que quiera aprender a volar por el Reino de los Cielos, es importante saber taparse los oídos para hacer la prueba de oír el sordo rumor del mar, el “ruido sin nombre”, como dice Homero, según nos dejó dicho Pallais en el poema final de su Bello Tono Menor (1928), precisamente titulado “Thalassa”, en griego “marejada”. Es importante saber sentarse en silencio a la orilla de algún rompiente solitario para hacer la prueba de oír en las olas el basso ostinato del propio corazón. Para hacer la misma experiencia que nos insinúa el jugueteón Padre Pallais, con otras palabras, en aquellos versos de Espumas y Estrellas (1919):

*Cierra tus oídos, dime:  
¿No te parece escuchar,  
allá adentro, la sublime  
misa cantada del mar?  
Y si callas, en el son  
benedictino del mar,  
¿no te parece escuchar  
la voz de tu corazón?*

Es la misma invitación que nos hará, treinta y dos años después, en Piraterías (1951), en uno de los poemas onomatopéyicos más perfectos que se hayan escrito en castellano sobre la liturgia acústica de las aguas del mar, su “Missa solemnis in la”:

*Oíd misa solemnis, sorda misa mayor en la, para  
la ronca tumbazón del tambor.  
Tambores al través de acústicos espejos,  
que aun cuando suenan cerca, suenan desde tan lejos.  
Tambores fronterizos de tiempos, en edad  
que renueva sus alas por una eternidad.  
En bajos y contraltos deprofundiza el mar  
sus sordinas molosas y espondeas; Mozart,  
con la voz de la tierra temblorosa de fe,  
vocaliza su misa de sopranos, en re.  
Do, re, mi, fa, sol, la, misa del mar en la,  
Smaar, raag, braam, toomb, toomb, aaa.  
Do, re, mi, fa, sol, la, misa del mar en la,  
jthaa, llaa, ssaa, thaa, llaa, ssaa!*

## **Breve semblanza del ingeniero**

Sólo un “niño o niña del Reino” puede entender y explicar a otra “niña o niño del Reino”. Y precisamente eso, una conspiración evangélica, es lo que ha pasado entre Azarías Pallais y José Argüello. Porque también Argüello es un hombre de mirada limpia, corazón pacífico, espíritu de pobreza, hambre y sed de justicia, amor misericordioso, es decir, un practicante de las Felicidades de Jesús (mejor llamadas así que Bienaventuranzas en Mateo 5:1-12). También él, mi amigo José, quiere ser Un pobre de Jesús. Y a las pruebas me remito. ¿En qué podría ocuparse un Pobre de Jesús en nuestra Nicaragua de hoy? Pues se dedicaría a escribir y predicar a las comunidades cristianas campesinas y urbanas de Nicaragua cosas como “Cuidemos la Creación”, “La familia en el camino del Reino” y “Sembrar Vida y Esperanza: Espiritualidad de los Derechos Humanos”, trabajando con un Equipo de Pastoral llamado Teyocoyani, tal como hace mi amigo José, a quien agradezco profundamente la gracia que nos ha hecho con esta nueva prueba de su vocación apostólica, al regalarnos graciosamente su última aeronave “Un pobre de Jesús. El Poeta de las Palabras Evangelizadas”, este bello libro en el cual les convido a ustedes, convertidos en niñas y niños, a volar con el Padre Pallais a su galaxia personal Brujas de Flandes, un rinconcito luminoso del Reino de los Cielos, muy cerca del Corazón de la Rosa Mística, a quien invocamos, para concluir, como lo hubiera hecho el Padre Pallais:

¡Santa María, Madre de Dios,  
ruega por nosotros, pecadores,  
ahora y en la hora de nuestra muerte, amén!

**Managua, 1 de Junio del 2000**

***(Nuevo Amanecer Cultural, 10 de junio 2000;  
El Nuevo Diario, Managua, Nicaragua)***